

## XV

## LOS MENDIGOS.

LOS MENDIGOS constituían, á veces, tipos tan originales, que sería falta imperdonable en mí, el no dártelos á conocer, carísimo lector. Guiados por muchachos ó por perrillos que desempeñaban, á las mil maravillas, el oficio de lazarillos, caminaban por las calles y se paraban en los zaguanes de las casas, desde los cuales imploraban la caridad, diciendo: ¡Ave María Purísima! Una bendita *caridad* para este pobre ciego. Al segundo ó tercer grito bajaba alguna criada con mendrugos que el mendigo echaba en un saco de lienzo que pendiente del hombro llevaba, ó con un plato de escamocho que él mismo vaciaba en una canastilla ú olla según convenía, en razón de la mayor ó menor cantidad de líquido contenido en aquél. Algunas ocasiones parábase dos en una esquina, uno frente de otro para recitar versos, algunas consejas ó la doctrina cristiana por el sistema catequístico; generalmente eran ancianos, distinguiéndose, uno, el de la capa raída, por un parche de tafetán verde que le tapaba un ojo, y otro, el de la cabeza vendada, por su saco de paño, que de color café había pasado, por la inclemencia del tiempo, á tornasol.



Gran concurso de gentes de todas clases los rodeaba, y oye ahora, por mi intervención, querido lector, lo que hubieras escuchado entonces, al estar allí presente.

—Decidme hermano ¿quién es la Santísima Trinidad?

—Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Al decir estas palabras, todos los circunstantes se quitaban el sombrero. Los men-

digos seguían recitando la declaración del Misterio de la Trinidad y los circunstantes repetían la acción que has observado, cuando el caso lo exigía.

Otras veces recitaban un romance en el que exponían, como ejemplo, *el castigo que Dios Nuestro Señor ejecutó con dos hijos malvados que sacaron á su padre á un monte y lo mataron para que se lo comieran las fieras*. El romance daba principio de esta manera:

Descuadérnense los ojos  
de este tachonado velo,  
vistan luto las estrellas,  
nieguen su luz los luceros;  
cúbranse de horror los astros,  
oculte el Sol sus reflejos,  
la Luna eclipse sus rayos,  
y todos los elementos  
nieguen su benevolencia.  
Torbellino sea el viento,  
el agua montes de espuma,  
voraz destructor el fuego,  
y en terremotos la tierra  
dé muestras de sentimiento.  
Llore mares la obediencia,  
vierta arroyos el respeto  
al verse tan abatido  
con ultraje tan funesto,

O bien decían otras composiciones á ésta parecidas:

Escúchame navegante,  
que vas surcando tu sombra;  
atiende; pues que te nombra  
mi voz en tu paso errante,  
detente ya caminante,  
desde el nacer al morir,  
que te pretendo decir,  
que tu vida es todo un susto;  
y así escucha sin disgusto,  
si te quieres divertir:  
Antes de nacer, causaste  
á tu madre mil dolores,  
penas diste por favores,  
y el alma la congojaste:  
naciste, más no cesaste

de prevenirla tormento  
se te quedó en el olvido;  
pues á Dios (*Todos los circunstantes se quitaban el sombrero*), has ofendido,  
busca el arrepentimiento.

En fin, á la tierra sales  
de tu patria desterrado,  
triste, sujeto y postrado,  
á padecer muchos males;  
penas te cercan, mortales;  
que lo humano aún no resiste;  
jamás el descanso viste;  
y así, estudia en discurrir  
si naces para morir,  
ó para vivir naciste.

Y por este estilo continuaba la narración, para terminarla manifestando que la vida es toda ella una ilusión.

Muchos, como se observa en el día, se instalaban en las puertas de los templos, y yo co-

nocí dos que, por una circunstancia fuera de todo orden regular, debo dártelos á conocer, lector amigo. Él era un anciano que se hallaba entre los 70 y 80 años de edad, y dábbase á conocer por lo mofetudo y por su capa color de hormiga, y ella, que frisaba en los 65, se distinguía por su zagalejo deslavado y por su cabeza de ajo, pues tal era de escaso y enmarañado el blanco pelo que tenía. Los dos eran asíduos concurrentes al templo de San Agustín y los verías en la puerta lateral transformada hoy en un nicho con la estatua de Minerva, siempre de pie y enfrente uno del otro, y como de la vista nace el amor y el trato engendra el cariño, cádate, amigo lector, que en vez de venirse á las manos, que más les habría valido, diéronselas en la Vicaría, con justa admiración de todo el mundo al ver que á tal desaguisado los condujo su mal deseo.



## XVI

## EL EVANGELISTA.

EN el Portal de Santo Domingo, plaza del mismo nombre, se hallaban instalados los escribientes ó memorialistas conocidos vulgarmente con el de *Evangelistas* y por el Excmo. Ayuntamiento con el de *Números*. El tipo que voy á describirte, carísimo lector, era por regla general, un ser que á su extrema pobreza unía su natural inclinación á la independencia individual, como que, en efecto, de nadie dependía y á nada se sujetaba, ni aún á la tiranuela gramática. El Diccionario era para él un mueble inútil, pues sólo procu-

raba darse á entender, no necesitando de otros elementos para desempeñar bien su oficio sino de los siguientes: en lo espiritual, un caletre algo aguzado, y en lo material, una vieja papelera de cubierta inclinada, dos sillas de asiento do tute para él y para su cliente, unos cuantos cuadernos de papel de diversas formas, clases, colores y tamaños, un tintero, dos ó tres plumas de ave y una navaja para tajarlas. Como era á la vez fabricante y expendedor de tinta de huisache, tenía á los pies de la papelera un cántaro lleno de aquel líquido, y en la

boca de ese cántaro un pocillo de loza poblana que le servía de unidad de medida. Con los productos de esta pequeña industria el Evangelista aumentaba un tanto cuanto los que le proporcionaban los honorarios de su oficio, bastante escasos de por sí.

Generalmente, el evangelista era un individuo ya entrado en años, y tenía que habérselas con personas de todas clases y condiciones.

Instálate conmigo, querido lector, en el Portal de Santo Domingo, retrayendo el tiempo, y observa los diversos tipos que se van presentando.

Mira esa criada de no malos bigotes que se acerca con sus enaguas de castor floreado

y el rebozo terciado al hombro con cierta gracia, caracteres todos que corresponden al género *garbanzo* que más de un *cabrín* quisiera ver en su olla. Mírala con qué desembarazo se acerca al escribiente y le dice:

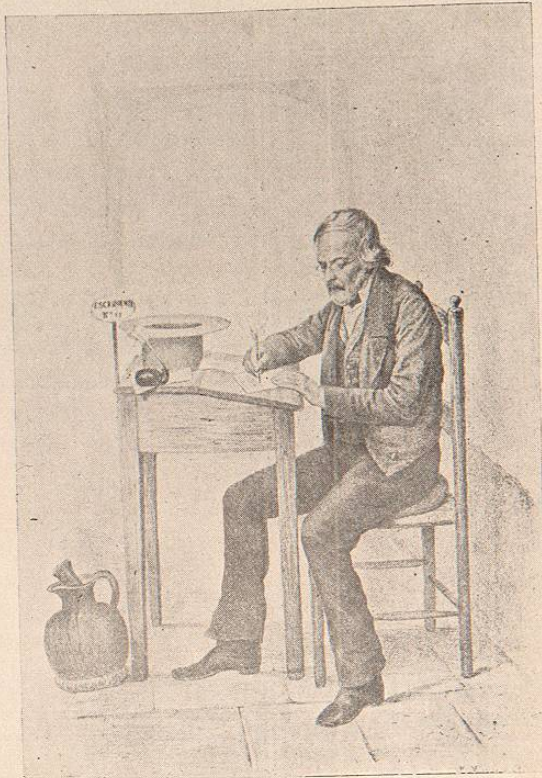
—Vengo *pa que* me escriba *usté* una carta á mi marido.

—Siéntese usted y dígame cómo se llama su marido.

—Pánfilo Bienpica que está con el señor Comonfort en Acapulco.

—¡Ave María Purísima! pronunciado tenemos. Que no la oiga á usted el *diurno* que está allí cerca, porque la verdad no tengo ganas de que me visite Don Juan Lagarde. (Tremendo Jefe de Policía en aquella época).

—En *efento*, mi marido ha ido á *guerriar* por la *Libertá*.



—Dígame usted, pero en voz baja, lo que quiere que diga á su marido.

—Pos nada más que desde que se fué con mi compadre no tengo *tranquilidá*, que se me ha dado el *soplo* de que el *ditador* se va con sus tropas *pa* hacer con ellas un *estrupicio*; que me salí de mi destino, porque el amo echó á mi marido la *indireta* de que era un hombre malo y porque el niño grande que es más feo que el perro dogo de mi comadre *Tribucia*, me anda *requiebrando* todos los días. Mas no, no le diga *usté* esto á mi marido, porque conozco su *carácter*, y es capaz de hacer una *barbaridá*.

—No tenga usted *cuidao* ya se lo diré

á su señor marido todo *desfigurao*.

Veamos de qué manera el Evangelista transmitía al papel las ideas manifestadas por la cliente.

—Sr. Don Pánfilo Bienpica.

Acapulco ó donde sialle.

Megico 10 de Marzo de 1854.

Mi nunca olvidado Panfilo:

Mea legrare que al resibo desta te alles conla caval salud que yo paramí deceo, esta solo se reduce á decirte que *den-de* que mi compadre te sonzaco para irte á la bola yo no tengo *tranquilidá* y ora mas que dicen que el mismo *ditador* sale á *guerriar* con todos sus militares que asegún dicen donde pintan naiden borra mas yo confio, en la Santisima Virgen que nada tiade suseder; y

entertanto te noticio que me sali de la casa donde serbia, que tu sabes, por quel amo digo un dia que todos los pronunsiados eran unos



vandidos de camino rrial, y mi querencia á tí no podia aguantar ese desagrabio que era una indireta para el amado de mi corason y á mas el higo de ese viejo ques un catrin mas feo quel perro dogo de ña Tribucia tu comadre, me andaba *disinquietándome* diciendome cosas que no te cuento por que no agas una muina.

Cuando te veré mi adorado Panfilo pues esto que no me calienta el Sol sin tí.

Es cuanto tiene que decirte tu fiel esposa. q t m b.—Martina Hernandez de Bienpica.”



Luego aparece, medio alumbrado por los espíritus del alcohol, un leperillo de camisa y ancho calzón de manta, sarapillo al hombro y sombrero de petate.

—Oiga, valedor, dícele al Memorialista, ¿cuánto quiere por una carta pa Rosa Cruz?

—¿Para un masón?

—¡Ah, que vale! si yo no me *entelijo* con ese señor.

—¿Pues quién es esa Rosa Cruz?

—Pos *quen* ha de ser, sino esa de los *pe-lendengues* que acaba de estar aquí.

—¡Pero hombre! si es casada.

—Y eso qué *lihace*, vale.

—¿Cómo qué le hace? no ve que el marido es militar y puede darle una *llegada* que ni el *bedlico* alcance.

—A mí no me asusta *nengún militar*, si dende que murió *Paderes* ya no hay hombres.

—Además esa *china* no se llama Rosa Cruz.

—Pos llámela *Costelación*.

—Y *Usté* ¿qué nombre tiene?

—Yo me llamo Juan Toribio, *pa* servir á su buena persona de *Usté*.

—¡Pero hombre! si á más de estar tan

*descuacharrangado* (andrajoso), ni *apelativo* tiene.

—Y eso qué *lihace*, vale, si cualquiera *hila* es *jorongo*, poniéndole boca manga.

—Dos reales le costará la carta, y allá se laiga con el marido.

—¡*Miste* que trato! Dos *riales* por *ri-farme* (reñir) con el *melitar* y echarlo *juera deste mundo* por una *polinaria*, yo no caigo valedor.

Y diciendo esto el leperillo se aleja cantando:

Que estoy borracho dice la gente,  
Que estoy borracho con aguardiente.

## EL BORRACHITO

*Allegretto*

Si el a-mar-te fue de-li-to, ¡Ay! si,  
Da-me la muerte te pido, ¡Ay! no, Y se pul-ta ms ce-  
ni-zas, ¡Ay! si, En el pan-te on del a-vido, ¡Ay! no  
Donde jamás sea nom-bre, ¡Ay! si. Por tus labios re-ferido, ¡Ay!  
*Estribillo*  
... Estoy bo-rra-cho dice la gen-te. Estoy bo-rra-cho con a-guar-die-nte...

Me enamoré de una beata

¡Ay sí!

Por tener amor bendito

¡Ay no!

La beata se condenó

¡Ay sí!

Y á mi me faltó un poquito.

¡Ay no!

¡Ah! qué susto tenía yo

¡Ay sí!

Sentado en un rinconcito.

*Estribillo*:— Estoy borracho, etc.

A poco ves, lector amigo, á un ranchero que pide al Evangelista unos versos para felicitar á un compadre suyo con motivo de su cumpleaños.

—¿Cómo se llama usted? pregunta el escribiente.

—José Santos Villerías, responde el ranchero.

—¿Y su compadre?

—Marcos Catalán.

Siéntese usted, y espere un poco; y dicen-

do esto saca de su papelería un pliego chico, color de rosa, y escribe lo que sigue:

*Al Sr. D. Marcos Catalán  
en su día.*

Con prósperas alegrías  
Y en unión de mi comadre,  
Te felicita en tus días,  
Tu cariñoso compadre  
José Santos Villeras.

Quintilla que sabían acomodar los Evangelistas á cualquier nombre.

Ido el rancharo, muy ufano con su quintilla, van apareciendo nuevos clientes, como son: *El galán enamorado*, que declara su pasión á la que supo inspirársela, *desde el primer momento en que tuvo la dicha de que sus ojos en ella se fijasen y su corazón quedó mortalmente herido*, reproducción en romance, de la representación alegórica del timbre del papel, que consiste en dos pichones que se acarician con los picos, ó bien dos corazones atravesados de parte á parte, por enorme flecha.

*La celosa*, que da quejas al amante infiel, quejas para las que, no bastando la prosa, exprésase igualmente en verso, de esta manera:

¿Qué te ha hecho mi corazón  
Para que así lo maltrates?  
Si lo has de herir poco á poco,  
Mejor será que lo mates.

ó bien:

Ni contigo ni sin tí  
Mis males tienen remedio;  
Contigo, por que me matas  
Y sin tí, por que me muero.

*El solicitante* de algún empleo ó emolumentos, que impetra una gracia eclesiástica, civil ó militar, por medio de un memorial que el Evangelista extiende en el papel sellado del bienio correspondiente, empezando en la fórmula admitida, no faltando evangelistas que dieran principio á su escrito con la siguiente:

"El susodicho Juan N. Troncoso, hijo de su madre Nemesia Alcántara y de Miguel Troncoso que murió en la guerra contra los americanos, como más halla lugar, y con el más profundo respecto, compareco y dijo," etc., etc.

Este era el Evangelista del tiempo de Su Alteza Serenísima, y en todos tiempos ha sido

el mismo, y para comprobarlo, querido lector, voy á citarte un caso del tiempo del Imperio de Maximiliano.

Instalado se hallaba uno de tantos escribientes, ante su papelería, con la pluma que acababa de tajar, en ristre, esperando la llegada de algún cliente, el cual no tardó en presentarse. Era éste un hombre ya entrado en años, y á juzgar por sus trazas debía de hallarse en extrema pobreza.

—¿Qué se le ofrece á usted, señor? le pregunté el escribiente.

—Quiero, contestó el interpelado, que me redate una carta pa el rey.

—Pero si aquí no hay *Rey sino Emperador de la República*, se apresuró á decir el Evangelista.

—Bueno, hombre, Rey ó Emperador, lo mismo da. Escríbale usted, pero ruéguele *pa que me dé una caridá*.

—Siéntese usted, hombre, y ya verá todo lo que le ponga. Y diciendo esto, el evangelista levantó la inclinada tapa de la papelería, tomó un pliego de papel azulado, el cual, en su esquina superior izquierda tenía un pequeño timbre realzado que decía BATH, púsole sobre la susodicha tapa del escritorio, metió la pluma en la estrecha boca de un tintero de vidrio en forma de tortuga, y se puso á escribir, en tanto que el cliente esperaba sentado en la silla de asiento de tule, destinada á los parroquianos.—Cuando hubo terminado la Carta, *que original conservo*, leyóla en alta voz.

"Sacarrial MM. dicimule mis Cortas Palabras, por quien es, esta solo se reduce á suplicarle por vida de la niña emperatriz de que se duela de un pobre anciano ya me faltan las fuerzas para poder buscar el sustento de mi familia aora que Dios nos ha traído nuestro padre de la republica que se duela de los pobres; quiero si Dios le mueve el corazon me socorra con lo que le digte el corazon para poderme regresar á mi tierra pidiendocelo por la emperatriz la niña Carlotita que es cosa que estimo que sacarreal MM. estima que creere en su bondadoso corazon el no quedar desconsolado. si Dios le mueve el corazon es cuanto le suplica el inútil S.

Q. S. M. B."

—Eso es hablar en plata, hombre, dijo el cliente, tome el *rial* y diga dónde firmo.

—Aquí, contestó el evangelista, señalando el lugar al calce de las cuatro iniciales, y entregándole para el efecto la pluma mal tajada.

El cliente escribió como pudo su nombre y trazó una rúbrica muy historiada.

El evangelista dobló la carta y la entregó al interesado después de haber puesto en el sobre la siguiente dirección:

*Al Señor Emperador.*

E. S. M.

Prima hermana de esta carta es la siguiente que original también conservo:

A SS. MM. Y. Y.

Postrado á sus Plantas manifiesto estar padeciendo el martirio Electrico con todo el poder de su maquinación, del que he salvado la

vida sin crímenes trabaje por el partido del horden y sumamente adicto y sumiso á los deseos de SS. MM. YY. que Dios Guarde: cuya virtud y esperansa me movio á proclamar en Justlahuaca estado de Oajaca el día dos de Dbre á la cabeza de sus pueblos como otros Libertadores en la desastrosa crisis de Mejico.

Damos á Dios Ntro. Sor. á Su Sma Madre Ntra Emperatris las gracias, y a SS. MM. la entera obediencia y heternagratitud como Ntros Soberanos á quienes pido la paz y nos mande para participar de la venturosa Hera que felisito.

B. L. M. D. SS. MM. YY.  
S. N.

Basta ya de Evangelista y pasemos á otro asunto.



## XVII

### LA ACORDADA Y LOS PRESIDARIOS.

EXISTÍA por la séptima década del Siglo pasado, en la buena ciudad de México, un edificio tétrico y sombrío, cuya presencia despertaba en la memoria recuerdos nada gratos. Hallábase situado en la antigua calle del Calvario, que hoy forma parte de la extensa avenida que lleva el nombre de Juárez, y tenía su fachada hacia el Norte de la manzana limitada, al Oriente, por la calle de la Acordada, hoy de Balderas, y al Occidente, por un terreno en que se formó la calle 1ª de Humboldt; pero antes de describirte, querido lector, ese edificio, conviene recordarte lo que dió origen á su construcción.

Infestado el país por los salteadores de caminos y por el vandalismo que amagaba cons-

tantemente á las poblaciones, hubo de ponerse en práctica, en tiempo del Virrey Duque de Linares, la determinación *acordada* por la Audiencia de México en 1710 para reprimir el mal por medios enérgicos y privativos; declarándose una persecución activa á los malhechores. Más de 2,000 individuos se distribuyeron con el tiempo por los campos y las poblaciones, formando cuerpos semejantes á los cuadrilleros de Toledo, sujetos al *juez de caminos ó capitán de la Acordada*, nombre éste derivado del calificativo que se dió á la primera resolución de la Audiencia, y que también recibieron el Tribunal que juzgaba á los reos y la Prisión.

Unos galerones en Chapultepec fueron las